

burg á fin de reunirse con todas las tropas (*).

Poco despues llegó á Gettysburg el general Meade acompañado de Hancock, y desde luego dictó sus disposiciones á fin de fortificar la posicion, para lo cual pudo disponer de toda la mañana y de una buena parte de la tarde. El general Lee entre tanto organizaba tambien sus columnas de ataque: su primera intencion no habia sido librar la batalla en aquel momento, ni mucho menos atacar á un enemigo situado en tan ventajosa posicion, pues conocia demasiado bien lo que valen las líneas atrincheradas para esponderse inútilmente. Su objeto era desembarazarse en primer lugar del rico botin recogido por Ewell en la campaña de Susquehanna, enviar al otro lado del Potomac el inmenso tren de wagoes cargados de caballos y mulas, que entonces entorpecía sus movimientos, y una vez libre de este cuidado, le seria mas fácil operar contra la posicion enemiga, ya maniobrando ó lanzándose al asalto.

Estas prudentes resoluciones, sin embargo, se olvidaron en medio de la alegría por el triunfo alcanzado el 1.º de julio, y se resolvió atacar el dia 2, aun cuando faltaba una division de Longstreet y la de los veteranos de Pickett, que se habia quedado custodiando la línea de retirada juntamente con toda la caballería de Stuart. Este último, no obstante, recibió luego orden de marchar á Gettysburg inmediatamente. El

(*) El general Butterfield, jefe de estado mayor, asegura que Meade le ordenó redactase una orden del dia anunciando al ejército la retirada de Gettysburg, é indicando el camino que cada cuerpo de ejército debía seguir; pero Meade niega resueltamente que fuera su intencion retirarse. Estos dos asertos no son incompatibles hasta cierto punto, pues un general prudente debe indicar desde luego el punto de retirada, aun cuando esté resuelto á defender una posicion hasta el último trance.

orden de batalla continuó siendo el mismo que el dia anterior; el cuerpo de ejército de Longstreet formaba el ala derecha, que se estendia hasta el camino de Emmitsburg; apoyada por las divisiones de Hood, Mc Laws y Pickett; el cuerpo de ejército de Hill, incluidas las divisiones de Anderson, Pender y Heth formaron el centro, y las tropas de Ewell con las divisiones de Rhodes, Early y Johnson formaron el ala izquierda, que rodeaba la posicion enemiga por la parte del Este.

La línea de los federales afectaba la forma de una herradura: el cuerpo de ejército de Sickles constituía el ala izquierda apoyada por Sykes; Hancock estaba en el centro cubriendo el frente de la colina del cementerio por la parte de Gettysburg, y las tropas de Slocum formaban la derecha, reforzadas con dos mil quinientos hombres á las órdenes de Lockwood. El general Buford tomó posicion en la retaguardia con su caballería. Meade estaba resuelto á dar una batalla decisiva, pero como aun no se habian reunido todas las tropas del cuerpo de ejército de Sedgwick, que constaba de quince mil cuatrocientos hombres, mientras que todo el ejército separatista se hallaba allí presente, no estaba en sus intereses precipitar la hora de la lucha, si bien dió orden á Slocum de comenzar el ataque por la derecha tan pronto como se completaran sus divisiones. Sin embargo, despues de haber practicado un reconocimiento, manifestó Slocum al general en jefe que el terreno por aquel punto no era favorable, y en su consecuencia se dió una contraorden. Como los separatistas no se hallaban aun tampoco preparados, pasó la mañana y todo el dia sin que ocurrieran sino algunas escaramuzas insignificantes, precursoras de la próxima batalla.

El plan del jefe confederado consistia en

amenazar á los federales por su centro, acechando una ocasion de atacarlos mas vigorosamente por los flancos, y al efecto Longstreet debía apoderarse de las alturas de Round Top, desde las cuales seria ya mas fácil asaltar las otras mas lejanas.

Á eso de las tres de la tarde, hora en que estaban ya reunidas todas las tropas de Sedgwick, y en que Sykes se corria de derecha á izquierda, en tanto que Meade reconocia las posiciones, comenzaron los separatistas á poner en ejecucion su plan, y al efecto rompióse el fuego de cañon sobre toda la línea mientras sus columnas avanzaban sobre las dos alas del ejército enemigo. Sickles, que se habia adelantado demasiado, ansioso sin duda de trabar el combate, fué atacado de frente y de flanco, y una bala de cañon le llevó una pierna á las primeras descargas; Birney, que le reemplazó en el mando, hizo tocar retirada desde luego, y aun cuando llegaban tropas de refresco para apoyarle, los federales, que cada vez iban perdiendo mas terreno, hubieron de retroceder ante los desesperados y repetidos ataques del enemigo. El general Longstreet quiso seguir avanzando sobre el cementerio, mas no tardaron en cerrarle el paso numerosas fuerzas, y á su vez se vió precisado á retroceder sin haber conseguido su principal objeto, que era apoderarse de Round Top.

Como el general Meade consideraba que esta colina era de la mayor importancia para mantener su posicion, y veía que el enemigo era casi dueño de ella, habia destacado á Hancock, que con su division contribuyó poderosamente á rechazar al enemigo, permaneciendo en la línea que Meade queria conservar á toda costa (*).

(*) El Investigador de Richmond publicó los siguientes detalles, facilitados por un testigo ocular que los escribió en Hagerstown, el dia 8 de julio:

Mientras sucedia esto, la retirada de la division Slocum facilitó á Ewell la oportu-

«Llegada la tarde, espidiéronse órdenes á los diversos jefes, comunicándoles instrucciones para atacar al enemigo por su centro y por su izquierda, y á eso de las cinco y media, el general Longstreet comenzó el movimiento seguido de Wilcox, la brigada de Perry y las tropas de Wright. Las dos divisiones de Longstreet encontraron á poco al enemigo cerca de Emmitsburg, donde se habian concentrado numerosas fuerzas, y despues de un breve pero encarnizado combate, desalojaronle de su posicion, rechazándole hasta la cima de la colina. Las divisiones de Mc Laws y de Hood trataron de acometer á los federales hasta en sus últimos atrincheramientos, mas á causa de ser el terreno muy accidentado y empinada la cuesta de la colina, no fué posible llegar hasta la cima, aun cuando las pérdidas del enemigo habian sido numerosas. He oido decir á varios oficiales que nunca vieron los muertos tan hacinados como lo estaban en el terreno donde tuvo lugar el combate con las tropas de Mc Laws, y muchos aseguraron que ni aun en la primera batalla de Fredericksburg hubo tanta carniceria entre los federales.

«Mientras la lucha arreciaba por la derecha, los generales Wilcox y Wright, con la division de Anderson, estrechaban al enemigo en su centro, de tal modo que le rechazaron hasta sus mismas baterías, parte de cuyos cañones cayeron en poder de los confederados. Wright acababa de barrer todo el valle con su artillería á pesar del espantoso fuego que hacia el enemigo desde las alturas de Mc Pherson. En aquel momento esta valerosa brigada trabó un terrible combate que duró quince ó veinte minutos, mas al fin, cargando impetuosamente en la pendiente de la montaña, acorraló al enemigo, que se habia hecho fuerte tras de un murallon de piedra, y le desalojó de su posicion acometiéndole á la bayoneta. Entonces los separatistas concentraron su fuego sobre las baterías federales situadas en las alturas, y una vez que se hubo conseguido apagarlas, las huestes confederadas se lanzaron á la carrera hácia la cúspide de la colina, y se apoderaron de los veinte cañones que allí se hallaban, mientras que la infantería se dispersaba en todas direcciones en el mayor desorden y confusion.

«Dueños ya los separatistas de aquel terreno, que era la llave de la posicion enemiga, habiase alcanzado al parecer la victoria, pues cada uno de los mencionados jefes conservaba los puntos conquistados despues de tan ruda refriega, y quedaba cortada la comunicacion entre las alas izquierda y derecha del ejército enemigo. Debe advertirse, sin embargo, que el triunfo no fué completo, ni el resultado tan satisfactorio como se pudiera esperar en cambio del valor heróico y del arrojo é intrepidez con que se batieron los separatistas, pero esto consistió principalmente en que parte de la division Anderson, la brigada del general Posey y la del general Mahone no avanzaron, como tenian orden de hacerlo, y de este modo, una parte de las fuerzas permaneció ociosa y fué solo mera espectadora del mas importante hecho de armas que habia tenido lugar en el conti-

nidad de atacar el ala derecha de los federales con fuerzas muy superiores, haciéndoles retroceder á una gran distancia, y poco antes de oscurecer, los separatistas acometieron también á Howard, consiguiendo apoderarse de un lado de la colina del cementerio, si bien no se podían obtener grandes ventajas con esto.

La noche puso fin á la batalla del 2 de julio, pero el general Lee estaba resuelto á continuar el ataque al día siguiente, pues debía recibir el refuerzo de la caballería y de la division Pickett, al que mandó una orden para que apresurase su marcha. Despues se hicieron todos los preparativos necesarios para asaltar la posicion del cementerio; reunióse la artillería á la derecha de los confederados, en las posiciones conquistadas por Longstreet, y allí fueron á situarse asimismo las columnas de ataque. La division Pickett se colocó á la derecha, las divisiones Pettigrew y Hood á la izquierda, y las demás fuerzas se repartieron en el resto de la línea á fin de operar sobre todos los puntos á la vez.

nente. Así pues, quince ó veinte mil hombres descansaban sobre las armas, presenciando un combate tan sangriento como terrible, y siendo testigos de los desesperados esfuerzos de dos pequeñas brigadas, la de Wright y la de Wilcox, que luchaban con las numerosas masas de la infantería enemiga, bajo un fuego mortífero, sin que nadie se acercara á prestar auxilio cuando fueron tomadas las alturas. El no haber avanzado los generales Posey y Mahone para apoyar la izquierda de Wright, facilitó una oportunidad á los federales, quienes atacaron entonces con ventaja el flanco débil. Entonces pudo reconocerse que se había perdido la jornada, y esto despues de haber alcanzado una victoria, pero debe consignarse que no se perdió porque las tropas no se batiesen con el mayor arrojó, sino porque muchas de ellas no tomaron parte en la lucha.»

Lee decia en su parte oficial:

«Despues de un encarnizado combate, el general Longstreet consiguió ocupar el terreno tan deseado; también Ewell se hizo dueño de algunas fuertes posiciones, y todo hacia creer que sería posible desalojar al enemigo. La batalla cesó al llegar la noche, pero resolví continuar el ataque al día siguiente.»

De los siete cuerpos de ejército que tenía Meade á su disposición, tres de ellos se hallaban completamente desbaratados á consecuencia del combate del día 2; Reynolds había muerto, Sickles, segun ya hemos dicho, estaba fuera de combate, y la pérdida entre las tropas no bajaba de veinte mil hombres, siendo de advertir que no llegaban otras fuerzas para reemplazarlos. El centro del ejército separatista ocupaba el mismo sitio donde cayera Reynolds; también disponia el enemigo de todo el terreno donde Howard y Sickles habían sido derrotados, y si bien es cierto que sus pérdidas fueron considerables, tenían razon en esperar que el triunfo del día siguiente compensaría con creces sus numerosas bajas.

Meade, sin embargo, no perdió tampoco el tiempo, y si bien es cierto que no esperaba recibir refuerzos inmediatamente, contaba, sin embargo, con el cuerpo de ejército de Couch que debía llegar de Harrisburg, con objeto de atacar la retaguardia de los separatistas. Además de esto, la posicion de las colinas del cementerio era muy fuerte, y á fin de que lo fuese aun mas, se trabajó activamente en la noche del 2 al 3 y se concentraron en el punto principal todas las piezas que estaban en el ala izquierda, por cuyo medio pudieron formarse en las colinas tres órdenes de baterías cuyos fuegos podrian cruzarse perfectamente.

Al día siguiente, 3 de julio, reinó la mayor ansiedad en las primeras horas de la mañana, mientras los separatistas terminaban sus preparativos y colocaban sus baterías para hacer el último esfuerzo supremo, que en su concepto debía asegurarles la victoria; pero al fin, á eso de la una de la tarde dióse la señal, y los ciento quince cañones de grueso calibre, de que disponian los generales Hill y Longstreet, cruzaron sus

fuegos sobre la colina del cementerio, centro y llave de la posicion de los federales, siendo de notar que en el cuartel general de Meade, situado en aquel punto, cayó una verdadera lluvia de proyectiles que causaron la muerte de varios ordenanzas del general en jefe y unos veinte caballos. Fué tan nutrido el fuego por espacio de dos horas, que el terreno de la colina estaba literalmente acibillado á balazos, y aunque los federales contestaron con sus cien cañones, como las baterías del enemigo estaban concentradas, no produjo esto mucho efecto, puesto que al poco tiempo hubo de cesar el fuego por parte de los unionistas, mientras que el de los confederados diezmaba sus filas. Entonces el general Meade dió orden de enfriar los cañones mientras la infantería se preparaba al segundo ataque, que por cierto no se hizo esperar mucho, pues á los pocos momentos, y despues de unas tres horas de cañoneo, aparecieron los batallones separatistas formados en orden de batalla, precedidos de una nube de tiradores que avanzaban resueltamente hácia la colina del cementerio.

La columna derecha se componia de la division Pickett, formada en su mayor parte de veteranos de Virginia, los cuales avanzaron á su vez con un orden admirable, arrojando la metralla que los diezmaba; el camino por donde pasaron quedó cubierto de cadáveres, pero la heroica division no se detuvo por esto, y continuando impávida su marcha, no tardó en llegar á las primeras baterías, de las que se apoderó á poco, lanzándose sobre ellas con bayoneta calada. En vez de pasar adelante en la narracion de esta batalla, parécenos mas oportuno copiar al corresponsal del *Investigador de Richmond*, quien describe en los siguientes términos aquella accion memorable:

«Á la division Pickett, la primera que

avanzó, apoyada su ala derecha por la brigada Wilcox, y la izquierda por la de Heth, siguió la division Pettigrew, que fué á ocupar el mismo terreno donde se hallaba Wright el día anterior. Estaba yo en una eminencia desde la cual observaba con el mayor interés todos los movimientos de los separatistas, pues ya el día antes había visto pasar á otros bravos por aquel mismo valle, y presenciado desde las alturas su lucha mortal, viéndoles volver con sus columnas destrozadas, pero limpias sus banderas. Sus intrépidos compañeros iban á empeñar en aquel momento otra sangrienta refriega, y yo comprendí que sus esfuerzos serian inútiles si las tropas que debían auxiliarles no luchaban con la bravura del león. Los confederados avanzaban siempre sobre el enemigo con mesurado paso; la brisa agitaba sus banderas al cruzar la llanura, y confieso que aun cuando he presenciado todas las grandes acciones de este ejército, nunca había visto á ninguna tropa entrar en fuego con un orden tan admirable como el de la brillante division Pickett. Á esta seguían, segun ya hemos dicho, las fuerzas de Pettigrew, que acababan de desembocar del bosque para apoyar la izquierda de Pickett, y á su vez pasaron también por el valle en direccion á la colina, mas bien pronto pude observar que esta division carecia de la firmeza y de la serenidad que mostraban los soldados de Pickett, convenciéndome que no podrian sostener la tremenda lucha en que iban á empeñarse bien pronto. En efecto, la tropa de Pettigrew se componia en su mayor parte de bisoños últimamente llegados del Sur, y que á no dudar no habían recibido nunca el bautismo de fuego ni presenciado combate alguno, y no pude menos que desconfiar de su valor. Precisamente cuando Pickett se hallaba ya bajo el fuego del ene-

migo, nuestras baterías suspendieron el suyo; aquel fué un momento de ansiedad mortal para Pickett y sus bravos; «¿por qué no rompen de nuevo el fuego nuestros cañones?» preguntan todos á la vez; algunos esperan oírlos tronar en breve; ¡vana esperanza! nuestras baterías guardan el silencio de la muerte. Sin embargo, la intrépida division Pickett sigue avanzando siempre, á pesar del torrente de metralla que lanzan cincuenta bocas de fuego, y aquel puñado de héroes continúa impávido su marcha, contestando á su vez á las descargas del enemigo. Ya les veo llegar al camino de Emmitsburg, donde se hallan las masas compactas de la infantería unionista apostadas tras de un muro de piedra y apoyadas por su artillería, que libre ya de nuestros cañones, rompe un fuego mortífero sobre los bravos de la division separatista. Estos se detienen un momento y luego siguen avanzando; llegan por fin al muro de piedra y lo destruyen; los unionistas emprenden la fuga desordenadamente, y los artilleros enemigos abandonan sus piezas no pudiendo resistir las nutridas descargas de la division Pickett. En aquel momento veo á los generales Kemper y Armistead plantar su bandera en las obras del enemigo y oigo el grito de triunfo de los confederados que acaban de alcanzar la victoria.

«¿Qué hace entre tanto la division Pettigrew? Cuando aun resuena en mis oídos el grito de triunfo de los hijos de Virginia, dirijo mi vista hácia la izquierda, y allá en la llanura, veo que reina la mas espantosa confusion y que están completamente desbaratados los batallones de Pettigrew, rota la línea y dispersa la division, que se dirige presurosa á reunirse con la retaguardia. El intrépido Pettigrew está herido, pero aun sigue dando órdenes á sus soldados, y en vano trata de reunirlos á su alrededor. Sobrecogi-

dos de un pánico, los hombres de esta division no escuchan las amonestaciones de su jefe (*), y Pickett queda solo para contener los batallones del enemigo que se agolpan sobre él por todos los puntos á la vez. Garnett cae muerto de un balazo, y Kemper, el bravo y caballeroso Kemper es retirado del campo de batalla mortalmente herido. Las masas de la infantería enemiga son cada vez mas compactas y se aproximan rápidamente á la retaguardia de Pickett, en cuyo momento se da la orden de retirada, y los separatistas comienzan el movimiento con el mejor orden, disputando palmo á palmo el terreno. Los unionistas estrechan á sus enemigos, y muchos bravos á quienes antes respetaran las balas enemigas, cayeron entonces para no volver á levantarse mas. Armistead está herido y queda prisionero, mas en aquel crítico instante se ve avanzar al resto de la brigada de Wright, con el fin de cubrir la retirada, y entonces termina la lucha. Nuestras pérdidas en este ataque fueron muy sensibles, pero las de los unionistas, segun lo dicho por los prisioneros, fueron tambien inmensas.»

Oigamos ahora la descripcion que hace el cronista de los federales del desesperado ataque de los confederados que luchaban por conservar su posicion en el Norte:

«El dia 4 de julio habian reunido los confederados todas sus tropas para dar un gran ataque y hacer un desesperado 1863. esfuerzo á fin de vencer de una vez nuestra obstinada resistencia. Al efecto lanzaron con-

(*) Seria no hacer justicia á un valeroso enemigo el no consignar aqui que es inexacto lo que se dice de las tropas de Pettigrew, que se batieron cuando menos con tanta bravura como sus demás camaradas, y tanto es así, que todos los oficiales menos uno quedaron muertos ó heridos en el campo de batalla. De los dos mil ochocientos hombres que entraron en fuego, solo ochocientos treinta y cinco contaron á la lista á la mañana siguiente.

tra nosotros la flor de su ejército, confiando en la victoria, y si bien es cierto que el enemigo se apoderó por algunos momentos de nuestras líneas, era tan fuerte nuestra posicion y tan mortífero el fuego, que nuestras baterías barrieron columnas enteras, y los separatistas hubieron de retirarse al fin dejando en nuestro poder numerosos prisioneros.

«Esto es lo que sucedió por punto general en toda la línea, pero la lucha fué mas encarnizada con el segundo cuerpo de ejército, en el cual se habian reunido todas las tropas veteranas, que avanzaron contra nosotros con un orden admirable. Al frente iba la brillante division Pickett apoyada por los batallones mas aguerridos de Hill, y como no bastaba á contenerla el fuego de nuestros cañones ni las descargas de la infantería, las avanzadas federales comenzaron á retirarse lentamente del camino de Emmitsburg, disputando el terreno hasta lo último. Entonces los separatistas, que habian economizado sus tiros, rompieron á su vez el fuego, mientras que la artillería cañoneaba nuestra posicion.

«El general Hancock cayó á poco herido, y Gibbon, intrépido y valeroso militar que le sucedió en el mando, dió inmediatamente orden de no hacer fuego hasta que se hallara mas cerca el enemigo. Al fin llegó el momento, y entonces una terrible descarga á la que sucedieron otra y otras, sembró la muerte en las filas confederadas, pero los batallones se sucedian unos á otros, y en aquel instante, los federales, que habian hecho un supremo esfuerzo, se vieron completamente dominados sin poder resistir el ímpetu de sus contrarios, los cuales llegaron hasta los mismos cañones de los unionistas, y atacando á la bayoneta, consiguieron que los artilleros abandonasen sus piezas en el momento

en que los jefes enemigos clavaban su bandera en nuestras obras de defensa.

«Los separatistas, sin embargo, habian avanzado demasiado lejos y su temeridad debia costarles muy cara: hallábanse completamente espuestos á un fuego enfilado, y los cañones de los federales desbarataron bien pronto su línea cubriendo el suelo de cadáveres; las baterías de la colina del cementerio acabaron de decidir el éxito de la jornada.

«Las destrozadas columnas de los confederados comenzaron entonces á retroceder, mientras que la infantería unionista se lanzaba en su persecucion, mas ya no debia encontrar esta mucha resistencia, pues todo un regimiento arrojó sus armas y se rindió á discrecion, en tanto que otros destacamentos sueltos hacian lo mismo. Solo la brigada de Webb cogió ochocientos prisioneros, y la division Gibbon se apoderó tambien de otros muchos y de varias banderas.

«La dispersion era completa; la batalla habia terminado, pero tambien los federales habian sufrido considerables pérdidas, pues solo la division de Harrow tuvo cincuenta y cuatro oficiales muertos y setecientos noventa y tres individuos de tropa.

«Los separatistas habian hecho un inútil sacrificio; reunieron los dispersos restos de su ejército, y formando sus líneas abandonaron el campo de batalla. Aquello era una derrota completa, y puede decirse que por una vez habia alcanzado el ejército del Potomac una señalada victoria.»

En el informe que presentó el general Doubleday á la comision de guerra, refiriendo los pormenores del combate, decia lo siguiente:

«Á eso de las dos de la tarde el enemigo rompió un fuego tan certero con sus ciento veinticinco cañones, que en pocos momentos